

Américo Castro

ASPECTOS
DEL VIVIR
HISPÁNICO

*ESPIRITUALISMO, MESIANISMO, ACTITUD
PERSONAL DE LOS SIGLOS XIV AL XVI*

Edición y prólogo de *José-Carlos Mainer*



RENACIMIENTO
BIBLIOTECA DEL EXILIO

INDICE

PRÓLOGO de <i>José-Carlos Mainer</i>	7
Bibliografía general	66

ASPECTOS DEL VIVIR HISPÁNICO

INTRODUCCIÓN. ESPIRITUALISMO, MESIANISMO, ACTITUD PERSONAL DE LOS SIGLOS XIV AL XVI	71
I. MESIANISMO, ESPIRITUALISMO Y ACTITUD PERSONAL	75
La actitud personal	79
Imperialismo y mesianismo	84
II. ESPIRITUALISMO Y CONVERSOS JUDÍOS ANTES DEL SIGLO XVI	119
Antecedentes	119
El canciller López de Ayala	125
Fundación de la Orden Jerónima	136
Los Jerónimos en el siglo xv	145
Conversos y Jerónimos	154
Visión retrospectiva del siglo xv	180
III. ILUSIONISMO ERASMISTA	189
Algunas deducciones de lo anterior	216

APÉNDICES

I. UN ENEMIGO DE LOS CONVERSOS	231
II. LO HISPÁNICO SEGÚN ALGUNOS ESPAÑOLES	234

AMÉRICO CASTRO:
«ENTENDER, SENTIR» LA HISTORIA DE ESPAÑA

El historiador español del siglo xx que peleó más encarnizadamente por averiguar la verdadera «realidad histórica de España» (como tituló su libro más ambicioso) nació en un lugar tan lejano como Brasil, aunque era hijo de padres andaluces. Pero quizá esto no fue sino la premonición de un destino personal que, ya en edad madura (recién pasada la cincuentena), le devolvió al continente americano, esta vez en la amarga condición de exiliado político. Su tierra de adopción fueron los Estados Unidos, a cuya nacionalidad se acogió tempranamente (junio de 1944), tras haber hecho al parecer alguna gestión infructuosa para recuperar la brasileña. Pero jamás dejó de ser un patriota español muy crítico —como aquel otro disidente que fue José María Blanco White, al que redescubrió de la mano de sus amigos Vicente Llorens y Juan Goytisolo— y trabajó como un polemista infatigable acerca del «origen, ser y existir de los españoles», por decirlo de nuevo con el significativo título de otro de sus libros.

Precisamente en América —el continente que España había dominado— Castro afirmó haber descubierto la verdad que sus compatriotas no querían entender: que las hazañas admirables y el esplendor artístico convivían con el prejuicio, la obstinación y la altanería que

habían inspirado las grandes empresas y reflejaron los cuadros o los libros. Como veremos, regresó a su país natal ya al final de su vida, en 1969, obligado por la situación familiar, pero nunca acabó de sentirse a gusto. El azar quiso que muriera el 25 de julio de 1972, festividad de Santiago el Mayor, el santo patrón de la España mítica, sobre cuya figura había escrito un libro (*Santiago de España*, 1958) para manifestar precisamente que aquel empecinado culto nacional encerraba «todo el problema de la España grandiosa, angustiada, deshecha, desgarrada, lacerante y siempre anhelosa de un imprevisto futuro».

LOS PRIMEROS AÑOS

AMÉRICO Castro Quintana fue hijo de Antonio y Carmen, propietarios medianos —con algún lejano antecedente hidalgo por parte del padre— avocados en Huétor-Tájar, en la vega granadina y no muy lejos de la capital de la provincia. Emigraron a Brasil, se establecieron en Cantagalo (Estado de Río de Janeiro), en la zona de la Sierra Fluminense, e hicieron una considerable fortuna como comerciantes. Allí nacieron sus dos hijos varones y una hija; Américo vino al mundo en 1885, cuando Brasil todavía era un imperio bajo el gobierno de Pedro II, y puede que recibiera su nombre de pila por el continente de su nacimiento. No mucho después, en 1888, los Castro regresaron a su patria donde adquirieron tierras de cultivo y con ellas algo más que un buen pasar. Su hijo cursó el bachillerato y las carreras de Letras y Derecho en la Universidad de Granada. En 1904 fue a Madrid para realizar el servicio militar e iniciar su tesis doctoral bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal, de quien aceptó la sugerencia de ejercer como lector de español en la Sorbona. Volvió de París en 1908, justo un año después de la constitución de la Junta para Ampliación de

Estudios en la que se integró muy pronto. La Junta –tan exigente en la selección de sus miembros– nunca fue bienquista por la universidad tradicional y, sobre todo, por los profesores católicos que la tuvieron por un bastión más de la Institución Libre de Enseñanza. En una carta de marzo de 1908, el director de la Junta, el muy anglófilo José Castillejo, le confidenciaba al pedagogo y catedrático Manuel B. Cossío su excelente (y bienhumorada) impresión del nuevo fichaje granadino: «Américo Castro es una adquisición. Tiene aún una flexibilidad y blandura que le hacen capaz de todo. Habrá que procurar que no se haga un exaltado, ni un atormentado, ni un especialista alemán. Le vendría muy bien una temporada de cura en Inglaterra»¹.

La trayectoria de Castro fue muy similar a la de otros dos jóvenes filólogos de su misma edad, Federico de Onís y Tomás Navarro Tomás, que hicieron sus carreras en Salamanca y Valencia respectivamente y acudieron a Madrid para acogerse al magisterio de Menéndez Pidal. Todos contribuyeron a consolidar, bajo la dirección del maestro,

1. *Manuel Bartolomé Cossío a través de su correspondencia (1879-1934)*, Ana María Díaz de Cossío y Covadonga López Alonso, eds., Fundación Giner de los Ríos-Residencia de Estudiantes, Madrid, 2014, p. 205. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (citada a menudo como «Junta de Pensiones» por ser su actividad más conocida) fue una fundación estatal, inspirada por Giner de los Ríos y otros institucionistas, pero que también debió mucho a algunos políticos del ala izquierda del Partido Liberal (Segismundo Moret, que en 1908 presidió la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, y José Canalejas, entre otros). El decreto fundacional (firmado el 11 de enero de 1907) tiene firma del ministro de Instrucción Pública de ese partido, Amalio Gimeno, catedrático de Medicina y amigo personal de Santiago Ramón y Cajal, quien fue el primer presidente de la Junta, entre cuyos miembros estuvieron Marcelino Menéndez Pelayo y Joaquín Costa. Pese a todo, nunca fue bienquista por conservadores y católicos. Su secretario, propuesto por Giner, fue el catedrático de Derecho José Castillejo, buen conocedor del sistema educativo anglosajón (cf. *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios 80 años después*, José Manuel Sánchez-Ron coord., CSIC, Madrid, 1988, 2 vols.)

el recién nacido Centro de Estudios Históricos², temprana fundación científica de aquella Junta que modificó los horizontes de la mezquina universidad española de entonces. La carrera de Onís se desarrolló pronto en Estados Unidos, como profesor de la influyente Universidad de Columbia, en Nueva York, en tanto que Castro y Navarro se convirtieron en los imprescindibles organizadores de los trabajos filológicos del Centro madrileño. Navarro Tomás se dedicó al estudio de las lenguas hispánicas medievales y con el tiempo derivó hacia el estudio de la fonética, en la que fue consumado especialista; Castro se hizo cargo del seminario de lexicografía y colaboró activamente en los trabajos de historia de la lengua, aunque tampoco tardó en hallar un campo más gustoso y fecundo en los estudios literarios.

Ni uno ni otro, que conocían muy bien las debilidades de la universidad española, olvidaron la urgencia de una renovación pedagógica integral y a tal propósito (y al legítimo deseo de incrementar sus propias publicaciones e ingresos) les debemos la temprana y oportuna creación de la serie de Clásicos de «La Lectura» (luego llamados Clásicos Castellanos), que organizaron para Francisco Acebal, propietario y director de la revista que daba nombre a la editorial. Ciento once años después, la serie ha sobrevivido hasta nuestros días y sus volúmenes –de ascética presentación formal pero tipografía limpia y cuidado nivel científico– iniciaron su publicación en 1910 con una edición de *Las Moradas* de Teresa de Jesús, a cargo de Tomás Navarro, a la que siguió otro volumen consagrado a Tirso de Molina (*El vergonzoso en palacio* y *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*), por cuenta de Américo Castro; vino después la obra en verso de Garcilaso, editada por Navarro Tomás, y Castro preparó el

2. Sobre la labor del CEH, cf. José María López Sánchez, *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos (1910-1936)*, Marcial Pons-CSIC, Madrid, 2006.

quinto volumen de la serie, aparecido ya en 1911: *El buscón*, de Quevedo (el número 4 fue la primera entrega del *Quijote*, encargado al inevitable erudito sevillano Francisco Rodríguez Marín). Poco antes, Tomás Navarro defendió su tesis doctoral en 1909 sobre la lengua literaria del Gran Maestro aragonés Juan Fernández de Heredia y obtuvo brillantemente una plaza en el Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios. Castro leyó su tesis en 1911 sobre el dialecto leonés de Zamora; dos años después ganaba un puesto de profesor auxiliar de Filología y en 1915 era catedrático de Historia de la Lengua Española.

EL INSTITUCIONISMO: UNA ÉTICA CIVIL

EL joven edecán de Menéndez Pidal era entonces un hombre de treinta años que, como señaló tiempo después su discípulo Rafael Lapesa, creía en «un magisterio que se ejercía sobre la totalidad vital del discípulo»³. Los años de formación de Castro habían ido consolidando la figura de un hombre políticamente progresista, respetuoso con las creencias ajenas pero firmemente agnóstico y laicista. El decenio que había transcurrido entre su llegada a Madrid y el logro de la cátedra consolidó su impregnación del mundo de convicciones de la Institución Libre de Enseñanza, tan basado en el ascendiente personal, la autoexigencia y la libertad de conciencia.

3. «Don Américo Castro Quesada», en Rafael Lapesa, *Generaciones y semblanzas de claros varones y gentiles damas que ilustraron la Filología hispánica de nuestro siglo*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1998, p. 93. Otro afectuoso elogio por parte de un importante discípulo, aunque algo más tardío, figura en la compilación póstuma de Alonso Zamora Vicente, *Recuerdos filológicos y literarios*, introd. y selección de Mario Pedrazuela, Universidad de Extremadura, Cáceres, 2010, pp. 49-65.